

RESEÑA SOBRE EL ERASMISMO EN AMÉRICA¹

En su prólogo a la obra de SILVIO A. ZAVALA sobre *La "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España* (México, 1937), Genaro Estrada echa de menos un estudio minucioso de la influencia del roterdamense en América, y particularmente en México, lamentando que sólo exista sobre este último punto la contribución de Marcel Bataillon. Quien quiera emprender trabajo semejante deberá tener en cuenta las siguientes obras:

AMÉRICO CASTRO, *Erasmus en tiempo de Cervantes* (Madrid, *Revista de Filología Española*, tomo XVIII, 1931, págs. 229-390); ERASMO, *El Enquiridión o Manual del caballero cristiano*, edición de Dámaso Alonso con prólogo de Marcel Bataillon, seguida de *La Paráclisis o Exhortación al estudio de las letras divinas*, edición y prólogo de Dámaso Alonso, traducciones españolas de ambas obras que datan del siglo XVI, acompañadas de apéndices entre los cuales tiene especial interés para nuestro asunto el de Bataillon sobre "*El Enchiridion y la Paráclisis en Méjico*" (anexo n.º XVI a la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1932); el corto ensayo de BATAILLON a que aludía Genaro Estrada: *Erasme au Mexique* (EX.: Deuxième Con-14-16 de abril de 1930, publicado en Argel, 1932); la importante grès National des Sciences Historiques, Société Historique Algérienne, obra del propio autor: *Erasme et l'Espagne, recherches sur l'histoire spirituelle du XVI^e siècle*, que acaba de aparecer en París (E. Droz); y finalmente, una contribución que Estrada parece no haber recordado: PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Eramistas en el Nuevo Mundo (La Nación, Buenos Aires, 8 de diciembre de 1935)*. Este último ensayo,

¹ Esta nota ha sido publicada en el *Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana*. Buenos Aires, Año II. N.º 7, enero de 1938, pp. 63-65. El autor nos ha facilitado una copia del original para su inserción en nuestra revista.

además de las contribuciones que aporta, ofrece la ventaja de plantear el problema hasta donde hoy es posible, pues el tema queda todavía abierto a la curiosidad de futuros investigadores.

Desde MENÉNDEZ Y PELAYO y sus *Heterodoxos* se habla del "erasmismo español". Luego vino la obra de BONILLA, *Erasmus en España* (1907). Los nuevos estudios han comenzado a desbrozar el campo en lo que a América se refiere, donde se encuentran todavía los encantos de la tierra incógnita.

A pesar de los esfuerzos oficiales de la Corona española para la unificación de la fe, pulularon, lo mismo en América que en Europa, las herejías provocadas por el Renacimiento, al lado de otras herejías aberrantes que no tienen forma definida, o que a veces ni siquiera fueron herejías, aunque en su tiempo así se las vino a calificar. Pedro Henríquez Ureña recuerda, a este propósito, aparte de las que la Inquisición consideró como brujerías indígenas, las manifestaciones de "la fe mosaica con vuelo místico": tal Luis de Carvajal el mozo, en el México del siglo XVI, que acaba de dar asunto a una bella reconstrucción de PABLO MARTÍNEZ DEL RÍO (*Alumbrado*, México, 1937). Tales las infiltraciones del luteranismo, que se aprecian, por ejemplo, en la quema de trescientas Biblias de Cipriano de Valera y Casiodoro de Reina, Santo Domingo, principios del siglo XVI.

Erasmus, sin ser heterodoxo, franqueó la puerta a la "peligrosa novedad". Sus obras, que inundan a España en el primer tercio del siglo XVI, acaban por ser prohibidas. La propagación del erasmismo en América no parece haber pasado de casos aislados. Es posible que ya haya gérmenes de erasmismo, un erasmismo temprano y madrugador, en el padre Carlos de Aragón, que aparece por Santo Domingo a comienzos del XVI y que, en todo caso, era poco respetuoso con la escolástica. Pero sin duda hay ya erasmismo de pura cepa en el primer arzobispo de la Nueva España y columna de la Iglesia en las Indias, Fray Juan de Zumárraga, en quien se advierten las influencias del *Enquiridión* y la *Paráclisis*, y aun las del herético Ponce, aquél cuyos huesos serían quemados en Sevilla. Sobre estos extremos, deben consultarse el volumen *Libros y libreros en el siglo XVI*, México, 1914; el opúsculo de Bataillon sobre Erasmus en México y el apéndice arriba indicado; la obra sobre Zumárraga del admirable mexicano GARCÍA ICAZBALCETA, que data de 1881, y la conocida monografía de CARLOS PEREYRA, *La obra de España en América*.

Cierto es que los libros de Zumárraga lograron salvarse del Índice, pero ello se debió a que disimulaban sus fuentes.

En cuanto a Lázaro Bejarano, vivió por tierras del Caribe, y fué procesado en Santo Domingo, aunque nunca conoció más cárcel que

su propia casa. Era un espíritu abierto a las novedades del tiempo, algo mordaz y tocado de la musa burlona, y con esto, hombre de buen gobierno y caritativo señor.

Consta que el librero Alonso de Castilla fué perseguido en México, 1564, por vender, entre otros libros prohibidos, seis ejemplares del *Enquiridión* en lengua vulgar. *Los Adagios*, en cambio, no comprendidos en el Índice del Gran Inquisidor Valdés (1559), tenían entrada libre. Y el teatino Alonso de Santiago poseía en su biblioteca un ejemplar latino de los *Coloquios*.

Antes de la reacción tridentina, la *Suma*, de Constantino Ponce—obra erasmista refundida por Zumárraga o a su mandato—pudo ser la pauta de la evangelización en México.

En el examen de estas cuestiones conviene tener presente lo que llama Bataillon, con expresión feliz, “la profunda indecisión de la ortodoxia durante la primera mitad del siglo xvi”, la cual se revela, por ejemplo, en la actitud ante la lectura de la Biblia, primero libremente recomendada a los fieles y luego terminantemente prohibida en las versiones vulgares. El caso hace crisis en Lázaro Bejarano el mismo año de 1559 en que el Índice de Roma y el español de Valdés prohibían tal lectura en lenguas modernas.

Hay que tener presente, además, que una cosa es el erasmismo definido y otra la atmósfera erasmista que se esparcía en el aire del siglo. Así, sin entrar en la controversia sobre si Cervantes pudo o no leer a Erasmo, conserva todo su valor la afirmación de Américo Castro: “Sin Erasmo, Cervantes no hubiera sido como fué.”

Llevando el tema a su última consecuencia, puede decirse—con Bataillon en su prólogo al *Enquiridión*—que Erasmo representa “un radicalismo tolstoiano” en la aplicación de las divinas palabras a la conducta humana. “Según Erasmo, el cristianismo no desempeña en el mundo el papel que le corresponde, porque “avemos querido meter un mundo en el christianismo”; resultado de una escandalosa “traición de los clérigos” que “quieren torcer la escriptura divina hasta conformarla con las costumbres del tiempo”. Por donde, inesperadamente, Erasmo se emparenta de lejos con Julien Benda y acaso con Jacques Maritain.

ALFONSO REYES.

Bs. As. XI., 937.

